

TRES CONCEPTOS ANTIGUOS EN EL MUNDO MODERNO: EL TRABAJO, EL TIEMPO, EL OCIO

I

« EL TRABAJO »

Por muy dividido que nos parezca hoy el mundo en opuestas fes políticas y credos religiosos contrarios, en intereses particulares y económicos, o en diferentes grupos artísticos y literarios, a la vez se nos aparece reunido bajo una bandera: la industrialización. Si un país es un gnomo agrícola, primitivo en maquinaria, y subdesarrollado en ciencia, sus jefes ven un solo camino para salir de la pobreza, la ignorancia y la indignidad humana. Este camino es una mayor industrialización. Si un país es un gigante industrial y científico y avanzado en técnica, sus jefes ven esta misma solución única. Si ha de haber comida para todos los pueblos, esto será por medio de una mayor industrialización. Si ha de aumentar la industria se depende de las fuentes de energía, para cuya mayor y mejor explotación se construyen y desarrollan nuevas máquinas. Si se construyen nuevas máquinas para extracción de energía, producción de comida, armamentos y los muchos artículos que el mundo moderno se ha acostumbrado a desear, habrá entonces que echar más materias primas, orgánicas y minerales, en las fauces de estas máquinas. Efectivamente, el ser moderno hoy para un país se sinónimo de ser industrial. Los países no industriales se pueden agrupar de muchas maneras, pero no bajo el título de *modernos*.

Mé gustaría tomar como ejemplo al país reconocido por todos como el más avanzado en la industria, Estados Unidos, para ilustrar lo que yo llamo el mundo moderno. No fué el primero en ser un país industrialmente avanzado: Inglaterra, creo, merece ese honor (y mencionaré a Inglaterra una o dos veces más), pero pocos disientirán si coloco al frente a Estados Unidos hoy. La Unión Soviética está altamente industrializada, también lo está Europa, y los rezagados de Europa, como Italia y España, están ahora avanzando a grandes pasos.

Es siempre difícil ver dónde el cambio ha de llevar a un país. Por esto los

antiguos filósofos eran desconfiados: en general preferían una ley vieja a una nueva, pues, aunque la antigua fuese injusta sobre el papel o las tablas, la costumbre la había ido rectificando en el curso del tiempo. Con una ley nueva algunos es posible que sepan lo que quieren conseguir, nadie puede saber qué pasará de hecho. Lo mismo ocurre con los países poco industrializados o sin industrializar. Las perspectivas de progreso parecen seguras; el entusiasmo no repara en el coste, o hasta ignora que pueda haber un precio que pagar.

Lo que voy a decir del mundo moderno no es una profecía de lo que ocurrirá a todo el mundo menos moderno. Es más bien un análisis de lo que ha pasado al estado industrial más avanzado en tres facetas importantes de la vida. El que quiera puede contemplar la experiencia del mundo moderno y poner la de su propio país al lado. Únicamente si lo desea. Nada de lo que diga aquí le obliga, sin embargo, a hacer la comparación. Y advierto que la comparación es difícil, ya que en nuestros días todos los países se han visto influidos por las costumbres de tiempo y trabajo del mundo moderno.

Las tres facetas de la vida contenidas en los tres conceptos de trabajo, tiempo y ocio nos pueden parecer, al principio, no relacionadas. El mundo moderno, no el antiguo, las ha acercado. Por supuesto, hoy el trabajo y el ocio se consideran opuestos. Cuando no se está trabajando se está ocioso. Y aún más, el ocio hoy se mide en unidades de tiempo, horas, días, semanas. Naturalmente, el trabajo también se mide así. El tiempo es el flúido en que flotan estos dos antagonistas.

El hablar del trabajo como un concepto puede sonar extraño. Es una experiencia demasiado concreta para que nos parezca algo más que un hecho duro de la vida. Ahora bien: lo que considera el mundo moderno trabajo es tan distinto de lo que ha sido siempre, que no cabe ninguna duda: el concepto del trabajo ha cambiado.

Entre los escritores clásicos —Platón, Aristóteles, Cicerón— el desprecio al trabajo era general. La única alabanza antigua del trabajo se encuentra en Hesiodo que pretendía que no era una vergüenza— y en Virgilio, que dijo: «El trabajo lo conquista todo», pero lo dijo en una apología escrita para Augusto cuando éste quería impedir que las familias abandonaran el campo.

Los griegos clásicos querían ser sabios. Para ser sabio se necesitaba ocio. No todos podían tener ocio. El cuerpo necesitaba comida y refugio, y para conseguir esto requiere trabajo. Pero el trabajo no es ni la más noble ni la más distinguida de las actividades humanas. Todos los animales buscan comida y cobijo. Sólo el hombre es capaz de pensar, razonar e inventar. Si por lo menos algunos hombres se libran de las tareas mundanas podían alcanzar alturas notables, y, a la vez, ayudar a levantar a un nivel más alto incluso a aquellos

que, por su vida cotidiana, están sujetos a la tierra, donde la visión es muy limitada.

Pensaban los griegos que había hombres nacidos para trabajar, y otros nacidos para vivir en el ocio. Si los dos grupos están ligados por un vínculo moral, como puede ser la familia o la casa, incluso los que trabajan recibirán los beneficios de los que no lo hacen. El estar unido a un maestro es lo mejor que puede pasar. El señor desligado de preocupaciones bajas es libre para dedicarse a cosas más altas, y el esclavo recibe de él —del músico, del político, del pensador— lo que él nunca podría crear. Consecuentemente este esclavo se ve atraído a una vida más humana, más refinada, de la que él nunca hubiera podido alcanzar por sí mismo. Lo que el esclavo y el trabajador reciben es tanto que el duro trabajo con que deben pagarlo no puede tenerse en cuenta. Son beneficiarios de la asociación.

Podemos imaginar fácilmente la vida del campesino libre griego o romano: vida muy semejante a la del granjero europeo, o la del pequeño propietario en las áreas en las que aún no ha entrado la mecanización; o parecida a la del artesano —herrero, carpintero o encuadernador, quizá— que trabajan con herramientas similares a las que se empleaban en la América colonial.

Aún existen en muchas partes del mundo estos campesinos y artesanos.

Hesiodo, el poeta griego, en su obra «Los trabajos y los días», habla del trabajo como una necesidad y, aún peor, como una maldición.

También para los autores de la Biblia es necesario el trabajo como resultado de una maldición divina. El mundo, debido a la caída de Adán, se ha convertido en un lugar de trabajo. El paraíso era aquel lugar donde no había trabajo. Es este el sentimiento hacia el trabajo que generalmente encontramos en las páginas de la Historia. Inevitable, *pero* una maldición. El mismo Dios trabajó para hacer el mundo, o por lo menos esta es la versión que nos dieron del pasaje del Antiguo Testamento los traductores de King James, pero el significado de su trabajo era diferente (normalmente cuando hable, como en este caso, del origen y significado de alguna palabra, me referiré al inglés, excepto en los casos que señale lo contrario). «Trabajar» puede ser crear —Dios creó o formó la Tierra— y el crear puede exigir un descanso, Dios necesitó descansar al concluir la tarea que se había impuesto.

En el cristianismo el trabajo y la riqueza podían ser malos, ya que el llevar a cabo un trabajo, o conseguir riquezas llenaban la mente de preocupaciones y no dejaban ni tiempo ni fuerzas para dedicarse al servicio de Dios, ya que, en la época de los Padres de la Iglesia, el fin era la salvación, la otra vida, lo principal era salvar el alma, acercarla a Dios. El trabajo quedaba, en cierto sentido, para los ratos libres. Toda actividad que no estuviera dirigida hacia

la salvación no era, hablando estrictamente, esencial. Santo Tomás creía que el trabajo era una parte necesaria de la naturaleza. Pero en caso de abundancia, en condiciones en que la gente pueda mantenerse sin que todos tengan que trabajar, el hombre no está obligado al trabajo. El trabajo material confina al obrero a una pequeña parte del mundo.

La palabra que empleamos hoy para significar ganarse la vida —«work»— se ha hecho más amplia y ligera. El término más empleado hace años y siglos era «labour». Hoy día «labour» significa trabajo duro que requiere esfuerzo y fatiga, y esto es lo que significaba en el pasado. «Toil» añade a la noción de trabajo la de algo penoso, y también era éste su significado en siglos pasados. La palabra «work», en cambio, tenía muchos significados y podía ser empleada para referirse a «good works» —buenas obras u obras de caridad—, «works of art» —obras de arte— o al «working of wine» —fermentación del vino—. Hasta finales del siglo XIX no adquirió este carácter amplio que hoy tiene en que entra todo tipo de esfuerzos. La palabra inglesa «work» tiene una gama tan amplia y un pasado tan rico que un nuevo catálogo de sus significados ocuparía varias páginas. La intrusión de «work» fué gradual. A principios del siglo XX la palabra aún no se aplicaba tanto a la política como para que un escritor empleara la frase «political worker» sin ponerla entre comillas. Hoy, claro está, ya no hacen falta las comillas.

Antes de acabar el siglo XIX si uno «worked», también «laboured» o «toiled» y sino *no* hacía nada, *no* trabajaba como hoy, sino que *era* algo: carpintero, albañil, soldado, médico. Pocas veces se llamaba «work» al trabajo que cada cual hacía. No había un tal sentimiento de unidad. Evidentemente eran tan diferentes que no se agrupaban bajo esa etiqueta única de «work». Hoy, sin embargo, en el habla corriente, «work» es el término genérico. Lo abarca todo. Es más, esta palabra, si no va acompañada de los adjetivos adecuados ya no evoca la imagen de sudor y pena, la imagen de trabajar —«labour»— bajo el sol. Incluso Dios puede «work» hoy, porque el vocablo ha perdido ya su olor de pertenecer a una capa inferior.

En Egipto, Grecia y Roma el sentido de «work» siguió siendo el de «labour» y «toil». Sin duda la palabra tuvo sus altos y bajos —en las épocas comerciales el prestigio del trabajo aumenta—, pero estos altos y bajos fueron muy pequeños si se comparan con la curva que estamos trazando.

Quizás haya sido en la Edad Media cuando empezara esta evolución. El Medioevo fué una época de pioneros. Lo que se necesitaba entonces eran hombres, legiones de misioneros que quisieran emprender la tarea de mostrar una forma de vida superior. Las ciudades habían dejado de ser lo que eran y no podían servir de centros de comunicación del nuevo espíritu que se

irradiaba. La estrategia exigía que estas legiones de hombres se esparcieran por todo el mapa de Europa, hombres independientes que supieran afrontar el peligro y la muerte, que pudieran hacer actuar a otros, capaces de aprovechar cualquier sentimiento religioso, lo mismo si yacía en un campesino pagano, que si reposaba en un templo pagano, y utilizarlo para enseñar la virtud y el culto, no la doctrina, y también mostrar las ventajas materiales que tenía en su mano el cristiano inteligente y enérgico.

Así voló la chispa hacia un nuevo ideal de trabajo. La tradición clásica no jugó papel alguno en esto. Por el contrario, triunfó una visión que contrasta con la anterior: el trabajo, y también las tareas manuales, son buenos para el alma.

Entre el Medievo y el Renacimiento los historiadores han dibujado una arbitraria frontera, ancha y borrosa. El final del primero y el comienzo del segundo muestran pocas diferencias claras. La Baja Edad Media, en parte porque ya no podía poner sus esperanzas en el año mil, trató de hacer milagros por sí sola. El resultado fué una gran producción de magia, medicina, astrología y alquimia. El hombre quería urgentemente conocer la tierra, comprender su estructura más profunda, para así transformarla. Combinó primero en la magia «el saber» y «la acción» e hizo los experimentos más extraños para tratar de descubrir los ocultos aspectos de la naturaleza; en vez de aceptar alegremente el armonioso orden eterno que debe descubrirse a través de la contemplación, el hombre se introdujo activamente en la naturaleza buscando el conocer sus leyes y el trastornar su orden, sacar las estrellas de su curso, cambiar lo vivo y revivir lo muerto, volver a ganar aquella esperanza que el mundo perdió cuando cesaron los milagros religiosos. «El sabio dominará las estrellas», dice una de las inscripciones favoritas de los textos astrológicos del siglo XIII. Casi había desaparecido la voz de la humildad de aquel cristianismo anterior que predicaba que el hombre dejase las estrellas a su Creador, que no intentara saber demasiado introduciendo la cara en el azul como si anhelara escalar cielos, que lo olvidara que «scientia inflat, charitas aedificat», que la creencia lo infla todo, mientras la caridad y el amor edifican sobre sólidos cimientos. La humilde orden fundada por Francisco de Asís, el poeta de las «Floreçillas», contaba entre sus frailes a Roger Bacon y a Guillermo de Ockham, dos poderosos promulgadores del hombre y de la plasticidad del hombre. Del siglo XII al XIV el hombre se enfrentó con las estrellas, las piedras, las arenas, las plantas y los animales y, por medio de la experimentación trató de transformarlos.

En el siglo XV el Renacimiento estaba preparado para convertir estas ideas en doctrinas maduras, una gran doctrina nueva para el mundo occidental. To-

más de Aquino había sostenido que el trabajador sobre materiales limitaba la vista. Los florentinos, especialmente Marsilio Ficino, Alberti, Cellini y también su vecino próximo Leonardo y el sudeño Giordano Bruno, expresaban un sentimiento diferente. El mundo existe para ser transformado. La grandeza humana, su divinidad, no yace en su capacidad de contemplación, sino en su habilidad para someter a la naturaleza y formarla a su voluntad. El trabajar sobre los materiales es trabajar sobre el mundo en microcosmo. A través de sus manos e instrumentos el hombre deja atrás el reino animal y se acerca a su espíritu más elevado. Algunos escritores han hallado este punto de vista antes del Renacimiento, particularmente en Virgilio. En las Geórgicas, es verdad, el poeta contó la historia de los reinados de los dioses. Bajo Saturno la tierra era tan abundante que el hombre no tenía que trabajar y cayó en un letargo. Más tarde, con Júpiter, la vida se hizo dura y el hombre salió de su aburrimiento; la necesidad les llevó a trabajar e inventar, a no perder un minuto, a arar la madre tierra con hierro y a hacer obedecer a los campos. Pero las Geórgicas, debemos recordar, eran una apología. El trabajo lo conquista todo, había dicho Virgilio, pero no pudo resistirse a añadir un adjetivo a la palabra «labor», el adjetivo «improbus»: «trabajo malo».

El hombre del Renacimiento sí tenía espíritu independiente y, en muchos aspectos, conquistador. Su idea del trabajo expresa su confianza y exuberancia. Sin darse cuenta canta las alabanzas del tipo de trabajo en que se destacaba —individual, artesano, artístico— ya fuera *condottiere*, escultor, pintor, arquitecto o científico. Su trabajo exigió que las manos tocaran los materiales. Fué este trabajo manual, no agrícola, lo que ellos rescataron del desprecio en que lo había dejado el mundo antiguo. Dieron al trabajo la dignidad que hoy aún tiene la palabra «artesanía».

Así, Leonardo, Galileo, Miguel Angel y Brunelleschi descendieron a hacer cosas con sus manos que en Grecia únicamente había hecho un mecánico. El Renacimiento trajo consigo una nueva filosofía del trabajo que se apoyaba más en la praxis que en la teoría, que se alejaba de la «scientia contemplativa» para acercarse a la «scientia operativa».

Este concepto del trabajo no abarcaba todo el pensamiento, ni, en principio, pudo dominar la época.

La ruptura decisiva aparece en un lugar inesperado: en las utopías. Había llegado el momento. Ya no se espera el reino de Dios en la tierra. Las leyes físicas del mundo parecen más maleables día a día. El Renacimiento iba consiguiendo amaestrar a la malhumorada Naturaleza y convertirla en complaciente belleza. El primer paso lo dió un canciller de Enrique VIII; creó un país, Utopía, donde nadie trabajaba más de seis horas al día. Llegó la semana

de trabajo más corta. Pero he aquí un inconveniente; todos tienen que trabajar, turnarse en todo tipo de trabajos, lo mismo intelectuales que manuales. No vale el que la mayoría trabaje seis-coma, cero-cinco horas para que, sumando los cero-coma-cinco-horas, un puñado no trabaje.

La sociedad del trabajo está amaneciendo. Tras el trabajo, el resto del día puede dedicarse al descanso o a lo que quiera. Parece ser que también ha llegado el tiempo libre. Un siglo después en Utopía hay menos trabajo y más tiempo libre. Un fraile calabrés, Tommaso Campanella, fundó la imaginaria Ciudad del Sol, donde nadie trabaja más de cuatro horas diarias. También aquí todos trabajan. Aún más, todos aprenden trabajos mecánicos y manuales. Al acabar la tarea diaria la gente es libre dentro de los límites de las leyes de la ciudad solar, para estudiar o jugar.

Ha comenzado el gran cambio. El aspecto clásico del pensamiento renacentista va gradualmente perdiendo su fuerza. Para Lutero, monje como era, ciertas doctrinas de la Iglesia de Roma eran peligrosas, pero no lo era la alabanza del trabajo que los monasterios daban al mundo. En realidad, los cada vez más prósperos monasterios habían comenzado a dejar a otros las tareas manuales. Tenían sus propios siervos, cuyas vidas también se veían reguladas por campanillas. La idea original era buena —trabajar es servir a Dios— buena no sólo para Lutero, sino también, más tarde, para Calvino y Wesley.

Muchos eruditos han estudiado la idea del trabajo en la Reforma. Fue ésta, de hecho, una de las áreas principales de los estudios históricos de la primera mitad del siglo XX. Surgieron muchos puntos de controversia: si habían sido las ideas religiosas o la necesidad industrial lo que había creado la nueva idea del trabajo. Si había florecido primeramente en el catolicismo o en el protestantismo; si el trabajo era menos importante para los reformistas que otras doctrinas... La mayoría de los estudiosos estaban de acuerdo en que de la Reforma había salido una nueva atmósfera. El trabajo exigía un nuevo tono. El hombre había trabajado para ganarse la vida, para poder vivir. Ahora trabajaba para algo más que para ganar su pan diario. Trabajaba porque esto era lo moral y lo que debía hacerse.

El siglo XVIII, siglo humanístico y civilizado, también contribuyó, hasta sus últimas décadas, a dar ocio a la Venecia de Canaletto y Guardi, cuyo lujo y refinamiento, vida y arte, atrajeron a toda Europa. En el mismo siglo vivió un filósofo escocés llamado Adam Smith, y el siglo siguiente se puso de su parte. Su libro, *The Wealth of Nations*, avanzaba la tesis de que un acto es verdaderamente productivo si toma materias primas y las convierte en algo útil al hombre. Este tipo de trabajo es realmente el comienzo de la riqueza. Los verdaderos productores son los trabajadores. El ocioso no produce nada.

La idea de Adam Smith se parece a la de los florentinos, pero Smith había visto fábricas; en su época la máquina de vapor ya se había impuesto. El cómo estaba cambiando el trabajo no habría gustado a Leonardo ni a Cellini, ni siquiera en el caso de que ellos mismos hubieran tenido que ser los obreros. No habían contado con esta forma de trabajar, atados a otros hombres como en galeras, ligados a las máquinas a través del reloj, y bajo un jefe invisible que dictaba el ritmo. Este era el nuevo orden. Los economistas clásicos y demócratas se apropiaron la idea, los anarquistas la aceptaron, los comunistas y los socialistas de todos tipos la abrazaron. Naturalmente, cada cual reforzó un aspecto diferente, pero todo trabajo era bueno o llegaría a serlo, todo hombre tenía derecho a él, y era su obligación. La doctrina filosófica que todos ellos sostenían era que a través del trabajo, y sólo del trabajo, el hombre produce y conoce.

Está fuera de nuestros límites el trazar el alcance de esta ética del trabajo, o evangelio del trabajo como se llamaría más tarde, en Alemania, Inglaterra, Escandinavia y otros lugares de Europa. Lo que nos interesa principalmente es el que ésta llegara finalmente a Estados Unidos, para allí alcanzar su máxima expresión. Quizás el vínculo entre el trabajo y Dios no sea ya tan claro como fué, pero es indudable, sin embargo, que la sombra de los reformistas se proyectó sobre la idea del trabajo en América. Allí todo el que puede debe trabajar; el ocio es malo; demasiadas fiestas equivalen a que nada se haga y sólo a través del trabajo regular y metódico se puede construir una nación grande y próspera. Allí el trabajo también es bueno para el individuo, remedio para el dolor, la soledad, la muerte de un ser querido, un fracaso amoroso o las dudas acerca de para qué vivir.

Hoy el americano sin trabajo es un inadaptado. Tener un empleo es tener un «status» y tener una vida. Entre los veinticinco y cincuenta y cinco años, o sea entre el final de la edad escolar y la edad del retiro, trabaja un 95 por 100 de hombres y, aproximadamente, un 35 por 100 de mujeres. Estar sin empleo en tiempos de prosperidad es suficientemente malo, pero en las épocas de depresión es aún peor. Por tanto, el americano que no tiene empleo —o el alemán o el inglés— es un maldito.

La moderna teoría del trabajo afecta a todos los países que tratan de resolver sus problemas por medio de la industrialización. Ha emigrado a Rusia, China, India y se adentrará por todas las naciones que se están modernizando, ya que el trabajo no se puede convertir en algo metódico, racional e impersonal sin que se añada algún incentivo al consabido comida, vestido y casa. Tras el triunfo de los Estados Unidos en la segunda guerra mundial —que tanto se atribuyó a la productividad industrial en masa— la ética del

trabajo, junto con otras muchas cosas americanas, ha sido exportada, con ritmo acelerado, a países de todo el mundo. En no pocas naciones se redactaron Constituciones nuevas. El *primer* artículo de una de éstas proclama que el país «es una república democrática basada en el trabajo». Es difícil reconocer por esta definición a la misma Italia en que el fervor de los laboriosos monjes no había conseguido conmovier el ideal greco-romano de tranquilidad, en que Lorenzo y Alberti estaban de acuerdo en que la vida contemplativa debe llevar de la mano a la vida activa, en que Tomás de Aquino había vuelto a elevar la contemplación a los cielos y en que Venecia se había convertido en la reina de la serenidad. Otros países han incluido declaraciones semejantes en sus Constituciones, como si el dicho pudiera provocar el hecho.

¿Qué ocurre con los ricos en el mundo moderno? ¿Tienen que trabajar? Observemos las familias ricas americanas y veamos si alguno de sus descendientes se dedica a la vagancia y declara abiertamente su desdén por el trabajo. En vano buscaríamos esto. Todos se encuentran inmersos en sus ocupaciones —banqueros, abogados dedicados a sus inversiones particulares, sus propiedades u. otra actividad igualmente productiva. Si no es así, esta es la impresión que dan. Si la impresión fuera cualquier otra, en seguida se ganarían el calificativo de «playboy», palabra fea en sí y que daña el oído como algo no americano. Quizás sea aún efectiva la denuncia de Lutero de que el vivir de las rentas, beneficios o intereses no merece el denominativo de «trabajo».

Se sea pobre o rico, en el mundo moderno las probabilidades de evitar el trabajo son muy escasas. Las presiones son demasiado fuertes, la falta de comprensión hacia los que no trabajan es demasiado general. No se reacciona con horror o indignación al enterarse de que alguien no trabaja, simplemente no se comprende, los temas de conversación desaparecen; uno se siente incapaz de entender a ese objeto, aparentemente humano, que tiene delante.

En muchos aristócratas de otros países, ya avanzados en la industrialización, se puede apreciar el sufrimiento en que viven, la persistencia cortésmente contenida con que buscan un puesto, el sentimiento de inutilidad de no servir para ningún trabajo, la alegría con que, un buen día, nos dicen que, por difícil que parezca creerlo, ¡han encontrado un puesto de trabajo!

Naturalmente, los aristócratas en otras épocas trabajaron. Pero su actividad, en cuanto se les atacó, quedó definida como algo inútil o improductivo.

Los aristócratas no habrían empleado el término «work» —trabajo— para describir su actividad, ya que en su época la palabra tenía un uso diferente. Boswell, en su «London Journal» rara vez emplea este vocablo, aunque du-

rante todo el período de su vida de que nos habla estaba lo que hoy diríamos «buscando trabajo». Hoy llamaríamos trabajo a su diario escribir y diríamos que mientras «trabajaba» en su diario estaba «trabajando». También calificaríamos de trabajo a sus pesquisas intelectuales, ya que un catedrático trabaja e igualmente un científico. Boswell estaba tratando de conseguir un puesto en los «Royal Footguards». ¿Trabaja un oficial? Nos encontramos aquí ante el hecho de que, por más que el trabajo se haya convertido en la piedra de toque de la vida moderna, queda aún un aro incorruptible. Es verdad que decimos que el soldado o el clérigo trabajan, también lo hacen el artista, el diplomático o el médico, pero ¿les podríamos llamar empleados? Podríamos, pero con recelo. El pasado de estas ocupaciones es demasiado sospechoso para otorgarles hoy el denominador trabajo.

Cada cual da al trabajo lo que ese trabajo le paga. El resultado depende más o menos de su propio esfuerzo. Hasta llegar al rendimiento decreciente, de la fatiga, cuanto más se trabaja, más se rinde. En las ocupaciones y profesiones liberales existe una responsabilidad que va más allá del dinero cobrado y, aunque no llegue a reclamar la propia vida, como Ruskin señaló agudamente, por lo menos marcha bajo el honrado nombre de deber. Un soldado puede verse obligado a morir por su país, por mal pagado que esté. La cantidad de dinero que reciba un artista no hará mejor o peor sus obras. El médico o el abogado deben luchar por la vida de su paciente o cliente, incluso si no les pagan más que veinte céntimos. El catedrático no puede enseñar aquello que él no cree, ni cobrando más enseñará mejor.

Aparte del sentido de responsabilidad hay otro elemento que distingue estas ocupaciones del mero empleo. Lo que hacen no depende totalmente de ellos. El erudito que trabaja con uniformidad no es necesariamente mejor que el que lo hace espasmódicamente. En ambos casos puede ser necesario un trabajo duro, pero lo que hace del uno un sabio y del otro una rata de biblioteca viene de otra fuente, no del trabajo. En el caso del médico puede no ser tan sencillo como lo que dice el proverbio «Dios cura al enfermo y el médico cobra sus honorarios». Sin embargo ese «algo» en el médico no depende enteramente de su asiduidad en el estudio, sobre todo en el internista. Aún más claro es el caso del artista o del dramaturgo. Trabajo duro, sin duda, pero ¿es que las musas son una ficción? ¿Por qué hablar de la inspiración, entonces? En el vocabulario laboral aún puede discernirse vestigios de estas cosas. Las profesionales ocupaciones liberales se compensan de manera diferente. Algunos dirían que menos, lo que muchas veces es cierto, por razones en las que nos adentraremos más tarde: El médico cobra unos honorarios; no recibe un salario ni trabaja a destajo. Al pintor o al escultor se le encarga una obra de arte. El clérigo recibe algo parecido a unas dietas, ¿a qué sueldo se-

ría acreedor por cuidar de las almas? La palabra «sueldo» —«salary» en inglés— también tiene vestigios honoríficos, ya que originariamente designaba la sal que recibía el soldado romano. El sueldo es hoy la remuneración normal del diplomático o del profesor, y también la del empleado público, como reflejo de un vínculo histórico con la, en otros tiempos escasa habilidad del escriba: el comprender los signos crípticos sobre superficies planas.

La actitud hacia el trabajo del empleado corriente en el mundo industrial es otro asunto. Demasiado frecuente se da por hecho que la ética del trabajo cala en la clase obrera.

Pero es difícil conocer los sentimientos de la clase pobre o trabajadora, en cualquier momento histórico. Hasta hace muy poco tiempo ni siquiera en literatura se había hecho un retrato serio del pobre. Corrientemente se les hacía entrar en la obra, como hace Shakespeare, para inyectar una nota de ligereza o bufonería. Hoy, a pesar de todo el presunto progreso de los métodos de la investigación social, los obreros aún escapan al examen. En las encuestas sobre la opinión pública son, normalmente, menospreciados; en los estudios políticos se desvanecen en *apatía*; en los sociológicos, prefieren el silencio y las evasivas, dejando su lugar a otros con más práctica en leer y escribir. Los obreros de hoy, como los esclavos de la antigüedad, permanecen en la penumbra.

Por esto miro con recelo la opinión de que el evangelio del trabajo absorba a la clase obrera. Este era su fin, claro está, y puesto que quienes lo predicaban eran gentes de posición e influencia, sin duda muchos, en los niveles más bajos, lo aceptaron de palabra, pero no de hecho. Podemos afirmar con mayor certeza que entre los propietarios y clérigos existía una más pía actitud hacia el trabajo. Hoy existe, en forma atenuada, en esa misma clase. Probablemente el obrero nunca haya perdido la noción del trabajo como una forma de ganarse la vida, aunque es posible que la ética del trabajo haya sido infiltrada en su clase como estímulo de regularidad, honestidad, aplicación, y, ciertamente, respeto por el reloj.

Hoy día en la fábrica hay una vida clandestina a espaldas de capataces, supervisores y expertos en eficiencia, que podrán olerla, pero ni verla ni tocarla les será fácil. Los obreros viven en un mundo aparte, que en su aspecto negativo es lento, restrictivo, hostil a los vigilantes, directores y otros intrusos; en su lado positivo está lleno de inventiva, ingenio y compañerismo. El obrero experimentado hace todo lo posible, incluido desajustar máquinas y quemar las puntas de los perforadores para echar abajo los cálculos de los expertos en eficiencia y establecer un ritmo más lento. Para llevar a cabo este esfuerzo se necesita no poca habilidad dramática: el obrero salta alrededor de la máquina sudando y humeando por cada poro. Una vez que el tipo de la

dirección está fuera del alcance de la vista el trabajo vuelve al ritmo que los obreros han decidido llevar. Fijan un cierto ritmo de trabajo o fijan una cuota de producción, no sólo para evitar que se les acelere, sino también para aquilatar la diferencia entre lo que se les paga y lo que producen. Frecuentemente inventan sus propios artificios mecánicos para aplicar a las máquinas en cuanto el gato se aleja. Quienquiera que trate de trabajar más de prisa de lo convenido entre ellos se encontrará en seguida aislado... o incluso perderá su empleo.

Si en algún momento la ética del trabajo poseyó al trabajador la posesión ha perdido intensidad. Nadie mantiene que ésta actitud caracterice a todo trabajador americano. También existe el celoso como todo capataz experimentado sabe muy bien, hay grandes diferencias entre los obreros; incluso su origen tiene importancia; los trabajadores de una ciudad en que haya una mayoría de origen escocés e irlandés trabajarán de forma diferente a los de una ciudad en que haya gran mezcla. Los obreros recién llegados del sur o de un área rural ejecutan su trabajo de modo diferente que aquellos de otros sectores o ciudades. Lo interesante, por el momento, es que al observador superficial estos hombres, ya sean escapistas o excesivamente celosos, pueden parecerle trabajadores activísimos, imbuídos por el celo de los monjes misioneros o de los reformistas protestantes. Subterráneamente puede no haber nada de esto. Pueden estar planeando —por diversión y compañerismo— dónde esconder las herramientas de algún otro, o cuándo cortar el gas del soldador.

Y sin embargo, si en el momento moderno el parado es un maldito, el empleo debe tener una profunda significación psicológica. En nuestros días no es extraño que un hombre al jubilarse tenga problemas tan serios que incluso puedan conducirlo al suicidio. Esto no parece compatible con la visión que acabamos de dar del obrero. Al buscar una aplicación tendríamos, antes de nada, que separar al empleado de los trabajadores independientes. El hombre que trabaja en su negocio no es solamente el propietario, sino que además se fija su propio ritmo y, generalmente, ve una directa relación entre su esfuerzo y su ganancia. Además, y esto es lo importante ahora, ve con claridad su trabajo como un todo. Incluso si tiene empleados que trabajan para él, los esfuerzos de estos tienen un fin, y el patrón tiene bien presente en su mente ese fin.

La situación del empleado es muy diferente. Su conocimiento de los fines es muy limitado. Su trabajo —«job»— como el vocablo indica es un trabajo en piezas. El origen de la palabra se ha perdido, pero «job» parece venir del inglés medio «jobbe» —pieza o terrón—. En cualquier caso en un primer momento significó un fragmento de trabajo, y el significado actual —empleo— es tan reciente que el Diccionario Webster aún lo considera co-

loquial. El ejemplo clásico es la descripción de Adam Smith del trabajo en una fábrica de alfileres: «un hombre estira el alambre, otro lo endereza y un tercero lo corta, un cuarto le saca punta y un quinto lo pule.» La manufactura de alfileres introduce al lector a *The Wealth of Nations* (La riqueza de las naciones).

En Estados Unidos la gran mayoría está empleada por otros. El porcentaje de patronos y trabajadores independientes ha ido disminuyendo regularmente, descendiendo desde aproximadamente un quinto a menos de un séptimo del total de la población empleada. Este puede ser el momento de preguntarse por quién son empleados los empleados. Decimos «empleados por otros», pero estos otros no son necesariamente seres vivos o individuales. Estos pueden a su vez ser empleados por otros que también lo sean. Esta progresión puede seguir indefinidamente hasta finalmente alcanzar un grupo de patronos. Incluso éstos pueden no ser patronos, sino una Junta que actúa en nombre de una Corporación. Así, pues, del mismo modo que en el mundo moderno casi todos trabajan, casi todos son empleados.

Puesto que «job» significa trabajar en una parte de un proceso o de un producto, a cambio de un salario, faltará la satisfacción de producir un objeto completo. Durante siglos éste ha sido un argumento en contra de la especialización. Normalmente no podemos esperar que un obrero pueda obtener satisfacción alguna en un empleo en que no hace más que una parte del trabajo, una tarea elegida y organizada por otros, bajo miradas vigilantes y a un ritmo que no es el suyo, en un lugar y un tiempo que él no puede escoger. Esto, diríamos, es lo desagradable del trabajo: esfuerzo o cansancio o ejercicio, físico o mental, bajo órdenes y supervisión, en tiempo y lugar limitados. Sin embargo, técnicamente hablando, esto es el «job». La descripción completa de un «job», con todos sus títulos, sería demasiado larga y aburrida. Si cojo el «*Dictionary of Occupational Titles*» (como una especie de diccionario de oficios), y lo abro al azar, veré que un «sandblaster» quita pintura, escama, grasa, brea, óxido o suciedad de una superficie de metal o de objetos de composición dura, normalmente antes de que sean recortados, pintados, pulidos o bañados, dirigiendo una corriente de arena, cascajo o perdigones y aire comprimido contra la superficie de los objetos; leeremos, además, que lleva guantes gruesos para proteger las manos mientras sujeta objetos en la corriente de arena, y un casco que evita la respiración de arena, y le protege los ojos. La descripción del empleo sí tiene que ver con lo que se hace en las ocho horas de trabajo, pero, de ninguna manera, lo cuenta todo, y en varios aspectos es ajena a la cuestión.

Además de la vida subterránea de los obreros, de movimiento, aventura y guerra fría, también hay una vida visible que vale la pena. En la industria moderna, donde todos los hombres y muchas mujeres trabajan, no caben el com-

pañerismo y el liderato y la expresión de todo un campo de emociones. «El empleo no es un lugar para noviazgos.» Se hace tanto caso de esta declaración como de la antigua de no coquetear en la misa. «Se acabó el sermón, se salió de la iglesia y también se acabaron mis amores», confió Pepys en su famoso diario. Amor, partidos, juegos, desafíos, almuerzos, pequeñas tiranías, visitas, todo se arregla en el trabajo. Esta parte del empleo, junto con el sueldo, es la parte agradable. Sin duda, es esto y su «status» básico en la sociedad (que proporciona el empleo) lo que el hombre jubilado echa de menos. Cuando ya no trabaja está solo. Todo el mundo trabaja, excepto mujeres y niños pequeños. Le han dejado fuera de la vida útil y social. Lo único que le queda es encontrar o construir otra vida, necesariamente menor. Para mayor claridad, esta parte del empleo, la oportunidad que da para el trato social, se debe separar de su elemento técnico de trabajo. La mayoría de los estudios que desaprueban el trabajo, ven solamente los aspectos técnicos de éste; los estudios que lo ensalzan, se han fijado en las recompensas sociales. Si un empleo tiene lo primero y le falta lo segundo, esta será la causa de que los obreros estén contentos o no.

Con la introducción del sistema de fábricas, los antiguos modos del trato social se debilitaron. Antes, el trabajo no agrícola se hacía en casa o cerca de casa. Las ciudades eran pequeñas, los pueblos más pequeños. Fuera de las tiendas de los artesanos, casi todas daban a calles de mucho tráfico, el trato tenía lugar en el mercado, en la plaza y en casa. La fábrica sacó a hombres, mujeres y niños de los talleres y las casas y los metió bajo un techo y sus movimientos se acoplaron al ritmo de la máquina. La producción en serie exigió aún más, la concordancia de hombre y máquina, así que las demandas de coste, la vulnerabilidad a la depreciación y los combustibles de la fábrica, dictaron una regularidad de asistencia humana. El artesano en su taller podía dejar su banco, mesa o torno, para ir a la puerta a ver una procesión y quizá después tomar una copa con un amigo en la taberna. El trabajo le esperaba hasta la tarde, o el día siguiente, o los días siguientes. La máquina no para tan fácilmente y, aún parada, la depreciación le afecta. La producción en serie engranó aún más al hombre, así que si él dejaba la máquina un momento, había que tomar alguna medida. La rigidez y la interdependencia no son tan extremas como las satirizadas por Charlot en «Modern Times» o René Clair en «A Nous la Liberté». Pero el engranaje de hombres y máquinas, de máquinas a otras máquinas, y luego el juntar todas las máquinas y todos los hombres bajo un techo, evidentemente produjo un grado inesperado de sincronización e inflexibilidad en el horario.

Si un obrero en una fábrica mira por la ventana para ver un desfile que está pasando, es peligroso, puesto que las máquinas no esperan. Incluso después de las cinco esperan a mañana con impaciencia, amortizándose en silen-

ocio. La mujer y los niños no pueden estar presentes durante la jornada; molestarían. Si el obrero ve a un amigo, y le verá, no puede cogerle del brazo y llevarle a tomar una copa a la taberna vecina. Se caería el techo. El sistema de fábricas y maquinaria trajeron la bendición de un trabajo más ligero, pero también la maldición de un mayor cuidado durante períodos fijos de tiempo. Al imponer su ritmo las máquinas, el trabajo adquirió una nueva concentración.

Algunos dirán que es de naturaleza humana no querer trabajar y buscar tiempo libre en el empleo. Ciertamente es difícil crear la primera población laboral moderna de un país. En los siglos XVIII y XIX, al paisano o aldeano inglés no le agradó el trabajo industrial. Se le sacaba de su casa o del campo, se le quitaba su parroquia y se le enfrentaba con el hambre. Tenía que mudarse de su aldea a la más próxima de mayor tamaño; de ahí sus hijos se marchaban a una ciudad pequeña; sus hijos, cada vez más numerosos, se fueron a un centro industrial. El aldeano nunca se convirtió en un auténtico obrero de fábrica. Su armadura era impermeable. Jamás se rindió. Sus hijos, sin embargo, eran su talón de Aquiles. Si no hubiera sido por el trabajo de los hijos, los industriales del siglo XIX no hubieran podido avanzar tanto.

Estaríamos algo más de acuerdo con la postura de los que dicen que la aversión al trabajo se debe a la naturaleza humana si lo dijera así: el trabajo requiere la presencia física de personas a ciertas horas y lugares, y consiste en ciertos movimientos, físicos y mentales. Cuanto menos pueda elegir el mismo obrero la hora, el lugar y los movimientos, más buscará un alivio tratando de esquivar el trabajo. Pero puesto que todo trabajo implica alguna restricción a cambio de un pago, al obrero, desde tiempos inmemoriales, le gusta tomarlo con calma cuando puede.

Para evadirse en masa del trabajo, los obreros no han tenido esencialmente más que dos grandes ideas en su mente. Una, la esclavitud, y otra, las máquinas. La esclavitud, en sentido clásico, ha desaparecido, pero las máquinas, indudablemente, están entre nosotros y nos han relacionado con el tiempo en una nueva forma.

II

« EL TIEMPO »

Hoy día la corteza del tiempo occidental, industrial y científico cubre el globo terráqueo y pronto empezará a cubrir otros planetas. La Luna aún puede ser ese mundo sin tiempo de los enamorados, pero esto no durará mucho.

La Edad Moderna es una época fascinada por el tiempo. Desde un primer momento los promotores de la industria trataron de debilitar el impacto de la maquinaria sobre los hábitos del hombre, alabando sus valores como redentora de fatiga. Las máquinas, que ahorran ese esfuerzo al ser humano, seguían éstos en su argumento, también les ahorra, generalmente, tiempo.

Hoy, uno de los argumentos más poderosos del propagandista es que el producto que él vende no ahorrará sólo trabajo, sino también tiempo. Era evidente que el automóvil ahorraba tiempo, ya que llevaba al trabajo y traía a casa, iba a la compra y venía de ella más de prisa. La nevera ahorraba, tanto el comercio diario con el hombre del hielo como el ir a la compra todos los días. El aspirador ahorraba el tiempo y los músculos empleados en sacudir las alfombras. Las calderas automáticas ahorraban el tiempo y el desgaste físico de cargarlas. El agua corriente ahorraba el tiempo perdido en calentarla en un cazo. Ya que todos estos inventos aparentaban ahorrar a la vez trabajo y tiempo, dieron lugar a una gran ola de entusiasmo mecánico.

También las épocas anteriores se interesaron por el tiempo, pero no en el mismo grado. Las épocas anteriores; unas, comerciales, altamente civilizadas; otras, incluso las guerreras, se arreglaron con el reloj de arena, el de sol, o la bujía o lámpara para medir el tiempo. No había un momento preciso al cual ligar las horas del reloj de arena, ni para los cabos de vela o los restos de aceite de la lámpara; en las noches frías, el reloj de agua se helaba, y los días lluviosos liquidaban todo reloj de sol. Poco importaba. En el antiguo Egipto eran los sacerdotes del templo los que usaban los relojes de sol o de arena. El soldado o el civil medían el tiempo por el vacío de su estómago y por la altura del sol. Para lo que una persona corriente en aquellos días habría necesitado mayor precisión habría sido para hacer un huevo pasado por agua.

Los monasterios no inventaron el reloj (aunque se diga lo contrario), pero sí dividieron la vida diaria dentro de sus muros en siete períodos separados por señales de campana. De una de las cosas de que se burlaba Erasmo era de las «tantas horas para dormir, tantas horas para rezar». De hecho, en la Historia también aparece en otros lugares y épocas una vida de rutina o un ceremonial para sacerdotes, reyes y cortesanos. Los antiguos sabían que el tiempo se podía determinar astronómicamente, y así lo hicieron, pero para el hombre común el día estaba dividido en doce horas, del amanecer al anochecer; más largas en verano, claro está, que en invierno. Similarmente las máquinas automáticas aparecieron mucho antes entre los griegos y los musulmanes.

Evidentemente el reloj mecánico no apareció hasta el siglo XIII. Durante mucho tiempo se abrió paso principalmente hasta los campanarios y torres de

edificios públicos. En los monasterios e iglesias marcaba las horas canónicas o llamaba a oración a los fieles. (La palabra «clock» —reloj— viene de una palabra italiana de origen celta —«clocca»—, que significa campanario; es significativa su relación histórica con una señal auditiva.) En los primeros tiempos del Renacimiento alcanzó alguna confianza, pero incluso entonces no había que preocuparse más que por una de las manillas.

Hasta el siglo XIX el reloj no empezó a extenderse. El reloj barato aparece en Suiza en 1865, y en América, unos años después, en 1880. Al cabo de ocho años, la fábrica de Waterbury producía y vendía medio millón de relojes de pared y bolsillo al año. Suiza sola ha exportado unos veinticinco millones. ¿Por qué el reloj no se quedó en un juguete? ¿Por qué no fascinó o divirtió a una minoría, pasando a sufrir el destino de los ingeniosos juguetes inventados por los antiguos griegos y musulmanes? ¿Porqué los siglos XIX y XX fueron el momento de su difusión?

Evidentemente se necesitaba el reloj.

La historia del tiempo, del tiempo del reloj, no puede separarse de la historia de las máquinas. Sin duda, ambos son máquinas. Desde su nacimiento el reloj fué una máquina, una máquina automática, modelo para toda otra máquina. Poco a poco fueron ejerciendo la atracción de un mecanismo ingenioso; a la gente le parecía estar llevando el cerebro de un genio en el bolsillo. Los nuevos relojes eran, en realidad, extraordinarios.

Entonces el reloj llegó a alcanzar su verdadera función: la sincronización de hombres y máquinas. Aunque su contribución original como modelo fué grande, su principal tarea fué la de dar frecuentes señales auditivas y visuales para que los hombres pudieran comenzar o parar una actividad a un tiempo. Antes del reloj existían los campanarios, que no solamente se oían, sino que también servían como orientación desde lejos. Vino después, y aún existe en algunos sitios, la sirena de la fábrica. Pero ambas señales eran muy limitadas para el trabajo de las ciudades grandes y ruidosas.

El reloj, primero, colocado en una torre, y más tarde, colgado en cualquier lugar donde hubiera trabajo que hacer, proporcionó los medios con los que la industria en gran escala pudo coordinar los movimientos de hombres y materiales y la regularidad de las máquinas. Del siglo XVII al XIX se desarrolló un nuevo concepto del tiempo, que se extendió por todo el mundo industrial de la mano de una nueva concepción del trabajo.

Hoy el tiempo puede valorarse. La presencia del reloj en todas partes y sus lazos con la fábrica y su trabajo relativamente poco especializado hicieron nacer en seguida la idea de que se estaba vendiendo el tiempo tanto como, o más que, la especialización. El aligeramiento de los trabajos duros y

la simplificación de las tareas que trajeron consigo las máquinas tuvo como consecuencia el efecto de que lo que se vendía era el tiempo y no el trabajo. La «tarifa por hora» y la «tarifa por pieza» expresan estas dos nociones.

Así, el tiempo empezó a ser dinero, y, como el dinero, una utilidad tangible y valiosa que debe ahorrarse, emplearse, ganarse y contarse. El tiempo del reloj empieza por gobernar el tiempo del trabajo (podemos ver cómo está sucediendo esto en los países que van hacia la industrialización), mientras que la vida social sigue el viejo patrón. Más tarde las manillas del reloj envuelven también la vida de fuera del trabajo. Tan pronto como los fabricantes fijan nuevas horas, los obreros tratan de conseguir una semana de menos horas. El tiempo libre se presenta, al igual que el del trabajo, ataviado con el tiempo del reloj.

Para ser comprado y vendido de esta manera el tiempo tenía que neutralizarse. La forma habitual de utilizar los días tenía que ser despojada de significado para que todos los días fueran lo más parecidos posible y el tiempo pudiera emplearse lo mismo en una actividad que en otra. Los días, horas y minutos se hicieron intercambiables como piezas de serie. Fué una gran ayuda el que en los países que habían de ser industrializados el protestantismo se hubiera negado a reconocer a los santos, haciendo así desaparecer los cien días asignados a su celebración. Anteriormente no se podía trabajar esos días. Esencialmente, como hizo patente la Revolución francesa, el proceso consistía en secularizar el calendario.

Cuando el año tiene sus fiestas religiosas y de otro tipo, hay una serie de actividades a desarrollar a unas horas determinadas y en un cierto orden. Llevan tiempo, pero, sea como sea, deben hacerse. No son intercambiables.

Secularizado el tiempo, las posibilidades de elección parecen aumentar. Podemos contar con veinticuatro horas al día para llenar en la forma más apetecible. La única obligación será la de dar la primera y mejor parte del día al trabajo. Tras esto..., libertad. Así, el tiempo libre vino a llamarse de esta forma.

El calendario se secularizó, pero no se neutralizó del todo. El trabajo ocupa el primer lugar en el tiempo, mientras las otras actividades participan de las características del tiempo del trabajo. En otros tiempos se tenía tiempo «desocupado», no tiempo libre, tiempo que sobraba, sin contar con ello, como podía pasar si un vecino venía a ayudar, o si los materiales de trabajo resultaban excepcionalmente dóciles, o si, sencillamente, las cosas venían bien. Si esto ocurría, uno podía entregarse a un pasatiempo, a las cartas, por ejemplo. Pero en el caso en que las circunstancias fuesen excepcionalmente difíciles —que, por ejemplo, una tormenta hubiera destruído parte de la casa—, nadie

debía emplear ese tiempo en trabajar, en dedicarse a lo que podríamos llamar actividades productivas.

En las ciudades del mundo industrial, una vez pagada su deuda al trabajo, el hombre se dice sin deber u obligación alguna; puede ocupar su tiempo como le plazca. Pero, sin embargo, tiene que tomar una decisión: que elegir para cada hora, o media hora, o cuarto de hora; jugar, trabajar, hacer tareas caseras, trabajar más.

De hecho tiene unas reglas para emplear ese tiempo. En primer lugar, debe emplearlo en cosas que den una prueba visible de que está haciendo algo; hay que estar ocupado con algo. En segundo lugar, debe hacer algo que le «mejore». «Mejorar» quiere decir, generalmente, hacer cosas que eleven su posición o la de sus propiedades, su aspecto, o sus cualidades para hacer dinero. Tiene que conservar su casa en buenas condiciones (conservar las propiedades), y debe también aumentar su valor, mejorándola. No ha de, sencillamente, ponerse a leer (actividad aún algo sospechosa, ya que los únicos órganos que se mueven son los ojos), sino que debe abandonar las lecturas groseras en favor de libros que sean instructivos, que contengan información, que sean útiles. En breve, en su tiempo libre el hombre debe: 1) Hacer algo; y 2) Hacer algo productivo.

Las actividades con que se llene el tiempo libre no pueden interferir con las horas de trabajo. El obrero que pasa una mala noche por beber demasiado, o por la locura del «jazz», o por una larguísima discusión con su mujer, no puede por ello dejar de estar en su puesto puntualmente. Su despertador —en inglés, reloj de alarma— no ha equivocado su nombre. Es, en realidad, la señal de alarma de un grave peligro: el de llegar tarde al trabajo. Si llega en punto, tiene la posibilidad de llegar a un acuerdo con sus compañeros, o incluso con el capataz, para que alguien ocupe su puesto, y así, poder dormir un cuarto de hora en un rincón de un depósito poco usado, pero si llega tarde más de dos o tres veces, bien separadas unas de otras, y sólo unos minutos tarde cada vez, podrá ir a cobrar su última paga. No pasará mucho sin recibir su hoja de despido.

Al estar dividido en unidades precisas el tiempo del reloj puede medirse. Los relojes marcadores miden las entradas y salidas de los empleados; miden también el tiempo que se emplea en operaciones y en flujo de materiales. En una gran fábrica se está continuamente poniendo en operación nuevos procesos, y la Dirección necesita saber cuánto tiempo llevan. Las referencias al tiempo en las áreas industriales son exactas.

El horario de oficina americano es también severo y sagrado. Los profanadores del horario reciben su castigo. Si uno no llega a tiempo a una cita, pasará a ser considerado como un irresponsable. Si se tiene a una persona

en la sala de espera de una oficina diez o quince minutos, habrá que excusarse cuidadosamente.

Así, el reloj, con sus precisas unidades, rompe el día en partes iguales, que una consciente decisión debe llenar de actividades constructivas. Un hombre puede querer haraganear, pero ello es equivalente a perder el tiempo, y el tiempo no puede perderse; es muy valioso y escaso. No tenemos más que veinticuatro horas al día.

Esta escasez de tiempo puede parecer desconcertante. Siempre hemos tenido veinticuatro horas al día. No nos debieran parecer menos ahora que antes. Sin embargo, antes no se tenían veinticuatro horas. Había un amanecer y un anochecer, una mañana y una tarde, un mediodía o parte más caliente del día, y, por fin, una noche. Por encima de todo ello había un día; un día de tipo determinado, según el calendario. Más tarde, este gran espacio se dividió en mil cuatrocientos cuarenta espacios diminutos.

Un día de veinticuatro horas o mil cuatrocientos cuarenta minutos dividido en grupos de cinco, diez o veinte minutos, sobrevivirá en las costumbres populares sólo si estas divisiones prueban ser útiles. Hoy aparentemente lo son, por lo menos en las ciudades. Un dermatólogo podrá recibir a uno de sus pacientes cada diez minutos. Muchos hombres de negocios y gobernantes hacen citas de diez, quince y hasta cinco minutos. Los horarios de los trenes y aviones están minuciosamente indicados en horas y minutos: siete cero ocho, diez cuarenta y tres. Las citas deben cuidarse por medio de continua referencia inexorable al reloj. El perder un tren o un autobús, e incluso el coger una luz roja, tendrá como consecuencia el miedo y el nerviosismo de llegar tarde, o la tensión de no conseguir hacer toda la tarea del día. El sobrecargo de horas y minutos viene dado por la creencia de que las unidades de tiempo son intercambiables y comercialmente valiosas, pero es el reloj el que permite el constante comprobar y ajustar nuestros actos.

Otras Sociedades comerciales han tenido un similar sentido de urgencia y de tener que hacer demasiadas cosas, pero la Era moderna puede tener horarios más apretados y casi inevitables debido al omnipresente reloj y a las máquinas conectadas con él. Según sus *standards*, incluso los ingenieros romanos tuvieron una vaga idea del tiempo.

Ninguna otra nación es hoy tan precisa en su tiempo, tan consciente del tiempo como los Estados Unidos. En general, los americanos saben muy bien que el tiempo corre regularmente y que está siendo gastado uniformemente, minuto tras minuto, hora tras hora, día tras día; inexorable, impersonal, universal. En países que no tienen dependencia del reloj hay un mayor sentido del tránsito del tiempo biológico. En el ritmo de las estaciones hay una conciencia de la edad: nos vemos atravesar la juventud, madurez y vejez; todos

los estudios que Horacio y Shakespeare marcaron con versos apropiados. No hay nada muy preciso con respecto a estas unidades: una estación viene tarde, un día es largo, una noche es más larga, el corazón late más de prisa una mañana y la respiración se hace más lenta la siguiente. El mundo moderno ha perdido casi por completo este sentido rítmico del tiempo.

El sincronizar las actividades según el reloj empieza con el comienzo de nuestra vida. El niño ve cómo su padre se levanta a toque de reloj, trata su aspecto con gran respeto, viene a casa a toque de reloj, come y duerme igualmente, llega a tiempo o tarde a sus diversiones —el cine o un programa de televisión—. En casa se le enseñan las horas (éste es uno de los pocos temas en los que el padre moderno se siente competente para instruir a sus hijos) por medio de ejemplos, mandatos y libros, y también lo aprende en la clase, donde la experiencia es casi tan dura como la de la fábrica. El resentimiento hacia el reloj sólo se puede reducir por este entrenamiento temprano, y, a pesar de ello, hay señales de que la imperiosidad del reloj aún ofende. La impersonalidad de su acción coordinadora, el que la sincronización del trabajo cara a cara se haya eliminado en gran parte, esa grandeza es posible solamente a un alto precio, al precio de (como agresivamente señala la frase) picar la tarjeta en el control a la entrada y a la salida, y siendo cronometrado por relojes de segundos muertos. Todo esto es una cara de la moneda. Los que integran las profesiones liberales son muy envidiados porque su tiempo no está cronometrado como en la industria. Los más modernos profesionales asalariados, que ahora sobrepasan a los otros en una proporción de uno a seis, están directamente ligados al sistema.

La tierra del reloj también requiere de sus habitantes la regularidad de sus costumbres. Pero en los últimos años se ha desarrollado la preocupación por la uniformidad de la conducta americana. Y ésta es la otra cara de la moneda.

Cuando hablo de la sincronización de los actos humanos por los relojes no estoy empleando una fraseología caprichosa. El reloj, repito, es una máquina automática, cuyo producto son señales auditivas o visuales regulares. Todo ser que vive por él se convierte en un autómeta, una criatura de regularidad. Cronometrar el tiempo significa sincronización; lo que, aplicado al hombre, trae consigo una pérdida de libertad de acción. Un hombre puede proclamar: «Me ajusto al tiempo de los demás un momento para después poder estar libre.» Admite dar una parte de su libertad tanto como si diera una parte de su soberanía. Puede después discutir cuanto da, pero no puede negar que los relojes están por todas partes y que las referencias al tiempo son constantes. Así como el siglo XIX le dió al trabajador el reloj de bolsillo, el siglo XX le ha dado el reloj de pulsera; un gran avance, ya que puede

recurrir a él más fácil y rápidamente. Diariamente, una y otra vez, nos vemos atados por el tiempo.

Adaptarse al reloj no es una expresión del individualismo, sino del colectivismo. El que millones y millones de personas viven dentro de un tiempo como en una gigante casa de apartamentos o en una gran colmena no es una creencia con la que se puedan alimentar los individualistas. Con respecto a la individualidad, un país que no dependa del reloj comienza con gran ventaja.

Demasiado frecuentemente se ha confundido la llamada ética del trabajo del protestantismo con la mera intensidad del trabajo, como si anteriormente el hombre no hubiera trabajado duramente. El campesino y el artesano europeos siempre trabajaron reciamente, pero con un ritmo fluctuante, capaz de amplias variantes en sus oscilaciones. El ritmo del reloj o de la máquina es diferente. Los campesinos ingleses de los siglos XVIII y XIX preferían frecuentemente su casa y la pobreza a la fábrica y sus buenos salarios, donde no se podía abandonar el trabajo hasta que llegaba el relevo o se suprimía la energía.

Si observamos una cadena en, por ejemplo, una planta de automóviles, no nos impresionará necesariamente su rapidez. Los obreros pueden estar en pie con alguna herramienta en la mano, hablando con el compañero si están colocados suficientemente cerca unos de otros y si el ruido no es excesivo. De cuando en cuando hay una interrupción en la cadena, y después —por esta sola interrupción de la corriente— no hay más que hacer que permanecer alrededor ociosamente. Aún más: la operación puede no ser de una simplicidad bovina, sino de un trabajo complejo y delicado.

El *tempo* impersonal, más que la simplicidad, penetra en el trabajador. Puede sentir el deseo de ir mucho más de prisa esa mañana, pero no puede; es posible que le apetezca dormir, o hablar, o hacer el amor, o salir a tomar el aire, o a tomar unos vasos, o ejercitar otros músculos. Un obrero puede estar empleando ciertos músculos hasta la casi total exclusión de los otros, de manera que, a veces, se encuentra a punto de estallar, u odia la idea de levantarse por la mañana, sin poder explicar el porqué.

No es la velocidad, sino el ritmo regular, metódico, continuo, sin expresión, la adaptación antinatural de los nervios y músculos, lo que va apagando al obrero de la cadena y lo que de cuando en cuando le hace querer chillar a todo pulmón. El obrero, no debemos olvidarlo, es el individuo que debe ganarse la vida aplicando su cuerpo y mente a tareas fijadas por otros. Pero el cuerpo y la mente no están siempre en las mismas condiciones, ni se han desarrollado durante milenios para producir un organismo proyectado para estas máquinas. El ritmo orgánico y el mecánico

—aunque el primero esté educado a la sombra del segundo— encuentran difícil engranar las células del uno en los dientes del otro.

Aparte de cuanto se sienta el ritmo de la maquinaria como una imposición, lo que sí ha hecho este entrenamiento es que el tiempo del reloj nos parezca real. Con la invención del reloj fijamos intervalos visuales y auditivos. Aprendemos a juzgar la longitud de estos intervalos; en seguida los vemos como equidistantes y como tal tiempo en sí. El tiempo se hace evidente. Cualquiera que preguntara qué era, o que dudara de que es objetivo, universal, irreversible, no proyectable, cuantitativo o dividido en unidades no elásticas y no comprimibles, sería considerado tonto.

Haga lo que haga el hombre, éste es el tiempo. Ni siquiera Dios puede atrasarlo, adelantarlo o pararlo. Parece que nuestro globo tuviera un pulso al que nosotros hubiéramos adaptado nuestros relojes perfectamente; relojes que ahora señalan, giran y vibran al compás de los latidos del mundo.

Sin embargo, lo que hoy día llamamos tiempo no es sino el movimiento de unos relojes sincronizados. Por más que el reloj sea uniforme, digno de confianza y puntual, no nos podemos tomar demasiado en serio la idea de que produce o refleja el tiempo. No estamos en mejores condiciones que San Agustín, quien ocupa un lugar importante en la historia y la filosofía del tiempo. Sabía qué era el tiempo siempre que nadie se lo preguntara; si tenía que explicárselo a alguien, dejaba de saberlo.

Podemos, sin embargo, hablar de imágenes del tiempo. La que conviene a su moderna concepción es lineal. El tiempo no se repite; se extiende a lo largo de una línea recta, en una continuidad que va de t a t_1 ; va pasando en un constante fluir o en un arroyo de riberas de acero graduado; se mueve como la cadena de la fábrica.

Se parece esencialmente a la descripción que de él hace Newton en su *Principia*: real y matemático, moviéndose uniformemente, extendiéndose sobre todos los objetos y fenómenos, pero manteniéndose alejado de ellos, conservando su propia independencia, indestructible, universal, sin que nada lo altere, y a la vez, envolviendo todos los acontecimientos como el espacio envuelve a todos los objetos, cada uno de sus indivisibles instantes exacto en todos los lugares. El nuevo y maravilloso reloj había impresionado a Newton como a otros pensadores y escritores de su época.

No es esta la primera vez en la Historia que el tiempo se considera como actuando en una línea recta. Pero estas otras épocas no dividieron el tiempo tan minuciosamente. Sólo el reloj mecánico consiguió esto y sólo la producción en masa de relojes pudo darle aceptación y circulación.

Los relojes no nos dicen el tiempo; no miden más tiempo que el tiem-

po del reloj. Dividen el día en latidos; no un día determinado, sino el día abstracto o medio, y marcan estas divisiones con señales sincrónicas.

Podremos comprender la relación hombre-tiempo del reloj con sólo molestarnos en, o imaginar el, poner un reloj de cualquier tipo, el más antiguo o el más moderno, ante un hombre que nunca haya visto tal objeto, y que haya vivido siempre sin él como la mayor parte del mundo vivía antes de comenzar la Era de la industrialización.

Los relojes exteriores se emplean principalmente en la industria, y más modernamente, en la ingeniería y entre los militares. Fuera de estas esferas, la concepción del tiempo como formado por una serie de unidades lineales, objetivas e iguales es, frecuentemente, poco práctica. Nuestros relojes interiores no nos pueden decir más que que la noche es para dormir, e incluso pueden ser más sutiles de lo que podríamos predecir, pero no tienen más relación con esos relojes exteriores que la que nosotros elegimos, o la que hemos aprendido o concederles. Como dice el poeta japonés del siglo XVII, Basho, «Cae una hoja. Un instante. Un siglo».

El hombre siempre ha soñado con tener un tiempo libre, y la Historia nos muestra tres o cuatro caminos para conseguir esto sin morir de hambre. Uno de ellos es poseer tierras o inmuebles; el ser terrateniente o casero no supone un gran esfuerzo. Los agricultores mantenían tanto la ciudad de Florencia como la villula de las Sabinas donde vivió y gobernó Horacio y donde tantos de los principales colonizadores de América, de Nueva Inglaterra a Nueva Orleans, fijaron el escenario de sus sueños. La propiedad de personas (esclavitud) es otro de los medios de esquivar el trabajo. Era este el principal recurso de Aristóteles para una vida de ocio. Los esclavos eran o una fuente de ingresos, cuando trabajaban en campos y tiendas, o sirvientes de la casa o del señor, liberando así a su dueño de una serie de tareas que le obligarían a llevar una vida agitada. La propiedad en dinero, acciones u obligaciones, proporciona también una renta adecuada sin trabajo. El método propuesto por Platón de que el Estado cubriera las necesidades de la clase de los filósofos requiere una base más amplia. El asegura la casa y comida de sus dirigentes haciendo que los dirigidos la proporcionen en tributos o impuestos, como se quiera.

Podemos mencionar, en último lugar, el ascetismo, a los griegos, en contraste con los orientales, no les interesó demasiado. El hombre puede mantenerse con muy poco, prácticamente con sólo agua y algún fruto seco o cereal. En un país cualquiera dado al ascetismo y al pensamiento, se puede vivir comiendo plantas silvestres o pidiendo un cuenco de cereal cuando se tiene hambre, como aún hacen los sacerdotes del Sureste de Asia.

Ahora bien, la mortificación del cuerpo no nos parece natural en el mundo

moderno, como tampoco nos lo parece la idea de la esclavitud del mundo antiguo. Las propiedades que produzcan una renta con la que se pueda vivir van siendo cada vez más escasas. En realidad, las grandes propiedades están desapareciendo, por lo menos en el sentido clásico y de los siglos XVII y XVIII. Verdaderamente la propiedad como base de una renta ya no es tan importante como lo era antes.

Al igual que la propiedad, la posibilidad de emplear los impuestos para mantener una población no trabajadora no parece muy probable. ¿Quién tendría dinero para pagar impuestos si nadie trabajara? Incluso pensando en mantener solamente a una clase no trabajadora muy poco numerosa, en el mundo moderno el dinero de los impuestos no puede ir a parar a una clase que no tenga alguna posibilidad de servir al bien público, y la única forma aceptada de servirlo es trabajando. ¿Qué beneficios podrían obtenerse de una clase que no trabajara?

No nos queda otra esperanza que las máquinas. ¿Han conseguido éstas tiempo libre de trabajo para el hombre? Ciertamente han hecho que disminuyera el sudor de su frente. En Estados Unidos el hombre tiene que hacer muy pocos esfuerzos y movimientos. En el trabajo ponen en movimiento y paran cosas, las montan, ajustan y reparan. Nueva maquinaria automática se encargará de la mayor parte de las puestas en marcha y paradas, y, más tarde, de las operaciones de montaje y ajuste. Las reparaciones, junto con la invención y los proyectos, seguirán siendo tareas del hombre. El trabajo será así cada vez menos muscular y más sedentario. Los obreros encuentran que el esfuerzo de sus nuevos trabajos en lo que ellos llaman los «automáticos» consiste en aprender a observar un proceso y estar preparados para dar a los botones.

La máquina ha redimido al hombre de un esfuerzo y esto es importante, pero ¿le hace ahorrar tiempo? Los antiguos soñaban con el ahorro de tiempo por medio de máquinas. Aristóteles nos habla de máquinas con las que «los capataces no necesitarían obreros ni los señores esclavos». Cientos de años después de su muerte aparecerá este estribillo en el poeta Antíparo al alabar un molino de agua. Dormid tranquilos, aconseja a los molineros, las ninfas del agua harán el trabajo de los esclavos y moverán la pesada piedra. «Vivamos la vida de nuestros padres y gocemos ociosamente los regalos que nos ofrece la diosa.» Con la revolución industrial este sueño se convirtió en una obsesión. Cada medio siglo ha aparecido un sabio que ha predicho un futuro siempre libre.

Hasta hace muy poco era fácil creer que la máquina había dado al hombre el gran regalo de un tiempo libre de trabajo. La figura clásica en los Estados Unidos parecía mostrar que desde 1850 la semana media de trabajo

había bajado de setenta a unas treinta y nueve horas, lo que indicaba una de treinta y una horas semanales de tiempo libre. Pero estudios recientes destruyeron la base de estas cifras al descubrir que los cómputos *standard* incluían a *todos* los trabajadores, mezclando a los que trabajaban media jornada con los que hacían la jornada completa, el trabajo que hacía un chico en un almacén a la salida de clase con el de un metalúrgico o un director de empresa. Naturalmente los obreros que hacían sólo media jornada hacían bajar la estadística. Al corregir estas cifras, tomando el trabajo de los obreros de jornada completa, que es la que hace casi todo americano, se hizo evidente que se trabajan casi cuarenta y ocho horas semanales, un promedio de ocho horas diarias seis días a la semana.

En seguida se descubrió que había otros factores que también entraban en juego. Cada vez hay más obreros que hacen doble jornada, lo que aún les roba más tiempo libre. Luego, el crecimiento de las máquinas lleva a los complejos industriales y a los embotellamientos del transporte, de manera que el viaje hasta el trabajo se hace anormalmente largo.

Podemos sacar de las páginas de la Historia moderna una secuencia de transportes. Un hombre tiene que andar una hora hasta su trabajo. No pensará demasiado en ello hasta que llega a saber que tiene medios a su alcance para hacerlo en menos tiempo. El caballo fué siempre caro; la bicicleta no suponía demasiado gasto pero el ahorro de tiempo era insignificante. Ni la bicicleta ni el caballo, como medios de transporte, trajeron consigo una revolución de tiempo y espacio, aunque la bicicleta empezara a extender los límites de la ciudad. Vinieron después los transportes públicos, seguidos de los automóviles. En un primer momento ese hombre tardará en llegar a su trabajo diez minutos en vez de una hora, pero no pasará mucho tiempo hasta que se vuelva a encontrar con que tarda una hora en conducir, o ser conducido en un autobús, hasta su trabajo. Algunos señalarán, con disgusto, que les falta el saludable ejercicio de un paseo matinal. Sí, pero, en general, aún podría andar si quisiera. (Algunas carreteras y puentes aún tienen caminos para los peatones.) De casa al trabajo tardarían cinco horas. Otros comentarán que el aire que se respira en medio del tráfico de las horas punta no es tan puro como solía ser —pero no podemos tener todo al mismo tiempo—.

En el mundo moderno el ir y venir del trabajo añade tiempo a la semana de trabajo. Luego hay que trabajar en casa, ya sea el trabajo que no se acabó en la oficina o algún trabajo manual, ya que es imposible pagar los precios desorbitados que piden pintores, fontaneros o electricistas; todo ello añade horas de trabajo a la semana. Pero no olvidemos los trabajos domésticos.

del marido que ayuda a su mujer. Se ha hablado tanto de este último factor que no vendría mal decir dos palabras al propósito.

Las máquinas han facilitado físicamente el trabajo de tal manera que las mujeres también pueden hacerlo, sucediendo así que frecuentemente marido y mujer pueden trabajar. En Estados Unidos más de un tercio de todas las mujeres de más de catorce años trabajan. De éstas, dos de cada tres (esto es, más de ocho millones y medio) están casadas. Unos cinco millones son madres. De estas madres que trabajan una de cada tres tiene niños de menos de seis años y las otras dos tienen niños menores de diecisiete. ¿Cómo se puede hacer el trabajo de la casa y atender a los niños en estas familias? Simplemente: el hombre tiene que compartir los deberes domésticos. El marido acaba su trabajo en la fábrica o en la oficina y ayuda a hacer la compra, a cocinar, a hacer las cosas de la casa o a cuidar a los niños, bañarlos o acostarlos.

Recientemente han aparecido muchos escritos que lamentan el que el hombre sea el que está en casa, el que las manos de cocinera que mecen la cuna posiblemente sean masculinas, que están perdiendo su identidad de machos al convertirse en seres caseros y feminizados. Por el contrario la mujer se está masculinizando, en negocios y trabajo. Aparentemente hay quienes piensan que las diferencias físicas —que siempre han aplaudido— no van a ser suficientes. El recuento de horas de trabajo que hemos dado revela la fuente de esta declaración. Las mujeres no pueden aguantar por sí solas la carga extra, y sólo les queda el mirar hacia su consorte para que les eche una mano en la casa. No todos los hombres ayudan, pero muchos lo hacen.

Aristóteles dijo una vez que el único esclavo del pobre era su mujer. El tiempo le ha quitado incluso ese esclavo. Quizá su esposa sea mejor esposa ahora —no soy juez en esta materia— pero por el bien de su tiempo libre, al menos antes podía usar un esclavo.

Si se añade este factor, y todos los emparentados con él (y recientemente se han hecho nuevos cálculos), queda muy poco, si es que queda algo de la original reducción de treinta y una horas. Esas grandes ganancias de tiempo de la Era moderna son más que nada un mito.

Sin embargo, son aún muchos los que sienten que el mundo moderno está en el umbral de una época sin igual en la Historia, una época que traerá consigo el descanso de todos, más ocio que hayan podido soñar todas las aristocracias, todos los mecenas, todos los jefes de la industria, los reyes y emperadores.

Lo que nos hace mirar con precaución todas estas resplandecientes profecías sobre el futuro del tiempo libre es el que hasta el presente todas hayan resultado equívocadas. ¿Por qué equívocadas? Porque todas refleja-

ban el mismo sueño (más tiempo libre) y además, originando este sueño siempre había el mismo impulso: la máquina.

El último emocionante sueño se basa en el desarrollo y empleo de la producción automática y maquinaria de control. Las posibilidades llevan a muchos a ser tan entusiastas del futuro de la automatización como los profetas anteriores lo habían sido del de la máquina. No hay que cambiar sino una línea de la profecía: habrá más y más tiempo para más y más personas que nunca haya habido en la Historia... con la llegada de la automatización en gran escala.

La gente no parece entender que para que las máquinas existan los obreros no sólo deben alimentarlas, sino también comer lo que producen. Lo mismo que tuvieron que aprender a atender las máquinas, tuvieron que aprender a consumir sus productos. De manera que, con el aumento de la maquinaria, viene el aumento de la propaganda, «marketing» e innovación de productos. Ayudados por otros factores, tales como la falta de una tradición de ocio, han formado al habitante de la nueva Era: el obrero-consumidor.

Aquí tenemos una clave. Si el americano quiere más tiempo libre, ¿por qué trabaja todo ese número de horas?, ¿por qué no dice «me tomaré un día de vacaciones esta semana o la que viene, y me tomaré la vida con tranquilidad»? Es verdad que el americano gana más de lo que necesita para mantenerse; ¿a qué se debe si no lo mucho que se habla del nivel de vida más alto del mundo? ¿Es que el obrero no puede comprar tiempo libre con el dinero que gana? Si trabajara menos horas y cobrara menos sería equivalente a coger un sustituto que trabaja para él parte del tiempo. Para vivir no necesita todo lo que gana ¿no? En la Unión Soviética un ruso para ganarse su pan debe trabajar más tiempo que un americano, lo que debiera significar, dejando aparte sutilezas sobre el valor alimenticio de ambos panes, que el americano podría disfrutar de tiempo libre antes que el ruso, ya que puede ganar su pan diariamente en menos tiempo. Sin embargo, su semana de trabajo no es más corta que la del ruso.

Teóricamente, en la Era moderna hay muy poco que impida al hombre disminuir su tiempo de trabajo, pero en la práctica no lo hace. Hace horas extraordinarias, doble jornada, permite a su mujer salir a trabajar, porque, como él dice, «necesitan cosas». Como hemos dicho ya, la otra cara del obrero es la del consumidor. Esas cosas que quiere cuestan dinero, el dinero cuesta trabajo y el trabajo cuesta tiempo. Es una cadena de causas tan sencilla como un cuento infantil. Para ganar dinero —legalmente— el obrero debe trabajar. Si trabaja, no tiene tiempo libre, por definición.

El tiempo libre no aumentará en tanto que el obrero continúe haciendo lo que está acostumbrado a hacer: comprar lo que quiera que produzcan las

máquinas. Aumenta la producción, aumentarán sus compras. Si se dejara de comprar, las máquinas se morirían, pero mientras el ciclo siga su marcha habitual es inútil esperar que las máquinas den tiempo libre.

Dondequiera que abunden máquinas, aparatos para ahorrar tiempo, comunicaciones y transportes, aparecerán caras marcadas por el cansancio en cada esquina. La máquina, heroína del sueño, dominadora de tiempo libre, ha manipulado a todos, a sus dueños y servidores, haciéndoles vivir bajo los dictámenes del reloj. El tiempo del reloj como tiempo industrial continuará rigiendo sus vidas en el futuro próximo. Un ignorante turista de una tierra sin relojes se preguntaría por qué el mundo moderno rechaza la tiranía de los hombres mientras que se someten a la de un ídolo.

Se ha contado que después de la Revolución francesa un joven preguntó a un viejo cómo era la vida en el antiguo régimen. El viejo contestó: «La gente tenía tiempo libre, lo mismo los ricos que los pobres.» *Se non é vera, é ben trovata.*

La palabra máquina viene del griego «mechane» —invención—, derivada de «mechos», una solución o salida. Pero las máquinas no han proporcionado esa solución para abandonar el trabajo. La Era moderna transformó la civilización en una época de máquinas, y prometió al hombre que no sólo le liberaría del cansancio de sus espaldas, sino que también libertaría su tiempo. Pero la gente, en su vida con máquinas, ha perdido tiempo.

El habitante del mundo moderno no tiene más tiempo libre de trabajo del que tiene el hombre de otros mundos cuando no está en momentos de crisis o de transiciones violentas. Siempre ha tenido sus fiestas y algunas horas por la tarde, hoy no tiene nada más que esto.

¿Qué quería hacer la Era moderna con su tiempo? ¿Qué hace con lo que *en realidad* tiene? ¿Había de ser su tiempo libre para el ocio? Trataré estas cuestiones en la próxima parte, última de esta serie, que lleva por título «El Ocio» (*).

SEBASTIÁN DE GRAZIA

(*) Esta tercera parte se publicará en el próximo número de la REVISTA.

